

Pasión y Política a principios del siglo XXI. Las teorizaciones de Walzer y Mouffe¹

Gastón Souroujon²
Esteban Iglesias³

Resumen

El propósito de este trabajo reside en observar la recuperación de la relación entre pasión y política que realizan casi simultáneamente dos intelectuales que provienen de tradiciones teóricas diferentes, el comunitarismo y el marxismo, como ser Walzer y Mouffe, subrayando sus similitudes, y sus respectivas críticas al liberalismo.

Palabras claves creencias, pasión, democracia, política

Resumo

O objetivo deste trabalho reside em observar a recuperação da relação entre a paixão e a política que ocorrem quase que simultaneamente dois intelectuais que vêm de diferentes tradições teóricas, comunitarismo e do marxismo, tal como Walzer e Mouffe, destacando suas semelhanças e suas respectivas críticas ao liberalismo.

Palavras chave crença, a paixão, a democracia, a política

Abstracts

The intention of this work resides in observing the recovery of the relation between passion and politics that there simultaneously two intellectuals that come from different theoretical traditions, Michael Walzer who is comunitarism and Chantal Mouffe who is a Marxism. Underlining their similarities and their respective critiques to the liberalism.

Key words Beliefs, passion, democracy, politics

¹ Trabajo enviado el 25/04/2011 y aceptado el 08/05/2011

² Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Licenciado en Ciencia Política con orientación a Análisis Político. Becario del CONICET. Profesor Adjunto de Teoría Política I° de la Licenciatura en Ciencia Política de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la U.N.L.

³ Doctor en Ciencia Política. Magíster en Sociología y Ciencia Política (FLACSO). Profesor Adjunto. Asignatura Sociología Política. Facultad de Ciencia Políticas y Relaciones Internacionales. UNR. Investigador Asistente del CONICET.

Introducción⁴

El modo de comprender el papel de las creencias y las pasiones en las sociedades democráticas continúa generando controversia en las ciencias sociales, en general, y, en la ciencia política, en particular.

En este trabajo nos proponemos describir el modo diferencial en que dos autores tan disímiles como Mouffe y Walzer abordan la relación entre política y pasión, haciendo hincapié en el modo en que el liberalismo ha concebido la pasión y, a su vez, en qué medida la pasión constituye un elemento fecundo para la constitución de identidades políticas.

Dicho propósito, no sería factible si no hiciéramos un breve repaso del contexto político – léase la sociedad de masas - en el que las creencias y las pasiones se constituyeron en un elemento movilizador y novedoso del orden político.

Las creencias en la sociedad de masas

¿En qué momento las creencias y las pasiones se incorporan de forma regular a la política? Esta pregunta reviste importancia ya que su respuesta implica describir de forma fehaciente el modo en que un conjunto de transformaciones que se operaron en el orden político culminaron en lo que a fines de siglo XIX y comienzos del XX se denominó la “democracia de masas”

Efectivamente, la ampliación de la ciudadanía, a través del otorgamiento del sufragio universal masculino a fines del siglo XIX y comienzos del XX, constituyó un hito fundamental en la constitución de la democracia, en un estadio de masas, es decir, de ascenso de lo social al espacio público. En este sentido, Rosanvallon señala que resulta preciso “... medir la formidable ruptura intelectual que la idea de igualdad política introdujo en las representaciones sociales de los siglos XVIII y XIX”. (Rosanvallon, 1992: 10/11)

Claro está que con la ampliación de la ciudadanía se dieron sólidos pasos para constituir un nuevo orden político y social: la democracia en un contexto de sociedad de masas. Entonces, ¿qué es lo distintivo de la democracia de masas? Tal como plantea Yannuzzi (2007) resulta ser un orden político novedoso en el sentido en que una tradición teórico-política antigua, la

⁴ Una versión preliminar de este trabajo fue presentado en el congreso de la SAAP en Santa Fe en el año 2009

democracia, se instaló en el siglo XX en tanto orden político deseable, en un contexto en el que el gran número emerge como nuevo sujeto de la política. De acuerdo a esto, uno de los problemas principales de las sociedades del siglo XX consistía en cómo efectivizar un tipo de igualdad vinculada en el imaginario político a la participación popular donde la masa y no el ciudadano resultaba ser el nuevo sujeto de la política (Yannuzzi, 2007).

¿Qué lugar asumen las creencias y pasiones en las sociedad democráticas de principios de siglo XX?. Ciertamente, las mismas son consideradas co-constitutivas de la política, lo cual indica que las formas prácticas que asume la política y el modo en que se la debe estudiar implica observar y determinar cuáles son las principales creencias y pasiones que caracterizan a una época.

La cuestión de las creencias fue abordada por Mosca, Pareto, Michels y Weber en torno a dos términos, por un lado, el de “democracia” en tanto principio de legitimación y, por el otro, el de “masa”, entendido como un tipo particular de comportamiento psicológico.

Respecto del término “democracia” Mosca, Pareto y Michels en el estadio de la sociedad de masas, la han tematizado en términos de “principio de legitimación” o “forma de justificación del poder”⁵. Cada uno a su manera, y con conceptualizaciones diferentes, han entendido que la democracia, en este período se había erigido en una construcción ideológica que operaba como un principio ordenador de las relaciones políticas que entablaban Estado y sociedad. Efectivamente, para Mosca (2004) el argumento de la soberanía popular era una “fórmula política”, para Pareto (1987) era una “derivación”, para Michels (1984) la democracia era en si misma una construcción ideológica y, finalmente, para Weber (1991) la democracia era concebida como un tipo particular de dominación carismática.

De modo que, la cuestión de las creencias, analizado como “forma de justificación del poder”, reviste particular importancia en las sociedades contemporáneas, ya que esta construcción ideológica lograba que el orden político funcione de forma óptima y eficaz. Esto indica y sugiere que la democracia, en su sentido antiguo, no se hacía efectiva. Ciertamente es que en el sufragio universal se depositaba la creencia de la soberanía popular. Entonces,

⁵ Esto se encuentra particularmente desarrollado en Yannuzzi (2004).

cómo funcionaba la democracia en un estadio de masas si no era a partir de los mecanismos asamblearios. En términos generales, en un contexto de sociedad de masas, la democracia funcionaba gracias a la existencia de elementos autocráticos. La política ya no transitaba por el Parlamento, localizándose, en el Estado democrático, en los liderazgos, en el poder ejecutivo, en la relación que los líderes establecían con las masas y en las organizaciones, particularmente, en los partidos políticos y en los sindicatos. Cabe destacar que, en todo este conjunto de relaciones, primaban procesos de identificación política, los que muchas veces terminaban anulando las libertades individuales. Este proceso identificatorio es el que ordenaba las relaciones Estado y sociedad, donde la minoría gobernante lo hacía gracias al ejercicio de determinadas “cualidades” valoradas socialmente y cambiantes a lo largo del tiempo. Efectivamente, tal como dice Pareto (1987), la elite constituye una “aristocracia”, en el sentido etimológico del término, es decir, los que eran considerados los “mejores”⁶.

Con respecto al concepto de “masa”, Mosca, Pareto y Michels retoman un término que Le Bon había rescatado del sentido delictivo que se le había asignado y, también, de la participación excepcional en el orden político. Efectivamente, para Le Bon “la edad en la que entramos es la de la muchedumbre” (Le Bon, 1958: 17). Esto indica y sugiere que la muchedumbre tiene que ser concebida como un comportamiento regular y sistemático en el campo de política y al espacio público. De acuerdo a esto, cuando se aborda el término “masa” se está haciendo referencia a un tipo de comportamiento psicológico motivado por lo afectivo (Yannuzzi, 2007). Claro está que lo más interesante de todo esto reside en que este tipo de comportamiento ingresa de forma regular a la política, constituyendo un nuevo sujeto de la política: las masas. Su ingreso, de forma regular al espacio público, provoca una de las principales transformaciones en la forma en que se concibe la política y, a su vez, en las formas concretas que la misma asume. Efectivamente, este sujeto de la política poco se vincula con el “ciudadano” o el “proletariado”. En contraposición del primero, se entiende que lo que motoriza a las masas no es la razón sino, más bien, lo “no-racional” (Yannuzzi, 2007). En contraposición

⁶ En referencia a aquellos individuos que reúnen y expresan los atributos considerados de mayor valor al interior de la sociedad y que dichos atributos son utilizados por la minoría para asegurar el poder.

del segundo, se entiende que la creencia por la que la masa actúa no puede estar sujeta a una explicación basada en las relaciones económicas.

Ahora bien la segunda guerra mundial y las experiencias totalitarias que en ese momento expondrían su rostro más trágico, obligaría a la comunidad académica occidental a replantearse muchos de los supuestos sobre los que descansaban sus teorías, en este orden la ciencia política no sería ajena a tal metamorfosis, lo que conduciría a relegar las teorizaciones que resaltaban el papel de las pasiones y creencias en el ámbito político que hemos comentado anteriormente.

Consideramos que dos grandes cambios teóricos - epistemológicos, interrelacionados entre sí, deben ser destacados en este contexto. En primer lugar se observan los primeros intentos por articular democracia y liberalismo, por pensar como relacionar la lógica de la mayoría y de la igualdad política con las libertades individuales, lo que permitiría desactivar aquellos componentes autoritarios (que ya Schmitt había señalado) que anidan en la tradición democrática. Es así que a partir de Schumpeter, a quien podríamos señalar como uno de los primeros en perseguir esta conjunción, desde los distintos paradigmas de la teoría política se reconoce la importancia de las libertades de raíz liberal en el seno de las democracias, libertades que la tradición democrática por sí sola no supone.

La segunda transformación que se puede vislumbrar, principalmente a partir de la década de los 70, es la vigorización del papel de la razón en la teoría política, siendo el factor explicativo fundamental a partir del cual se torna inteligible por una parte el comportamiento político, y por otra parte las posibilidades de consenso en torno a los principios que deben regir una sociedad. En torno al primer caso se debe destacar la importancia que las teorías de raíz conductistas y luego la teoría de la elección racional comienzan a tener en esta época, y con relación a lo segundo estamos haciendo referencia a la cuasi hegemonía que en la filosofía política desarrollan las construcciones teóricas de raíz kantiana, estamos pensando en Rawls, Habermas, Dworkin, entre otros.

En este sentido podríamos decir que a partir de los 70 en el seno de la teoría es predominante la visión que reduce la complejidad que conllevan los sujetos políticos a su dimensión racional, el nuevo *agora* es un espacio donde

interactúan, deliberan, consensúan, hombres como razón, relegando todas las otras dimensiones del ser humano al plano de lo privado. Esta suerte de retorno al iluminismo, y en algún sentido también al positivismo, a pesar de no cargar con promesas tan esperanzadoras, procura establecer los cimientos para una sociedad armoniosa y medianamente predecible, en donde las tensiones desgarradoras puedan ser desterradas. El precio a pagar es un empobrecimiento de la comprensión del individuo, retomando las palabras de Charles Taylor una artificialidad que no se conecta con la forma normal en que el sujeto percibe y experimenta el mundo (Taylor, 1996: p. 178).

No obstante que esta posición que conjuga liberalismo y racionalismo, predominante en el seno de la ciencia política, siempre encontró voces de rechazo, en la última década del siglo XX y en los prolegómenos de nuestro siglo nos encontramos ante una transformación de los argumentos desde donde se lanzan estas voces críticas. Como dice Hall las objeciones principales, lanzadas fundamentalmente desde la teoría crítica y el comunitarismo generalmente se enfocaban en los problemas de la tecnocracia o del universalismo que esta perspectiva parecía proponer (Hall, 2002: 728), sin embargo ahora nos encontramos con una revitalización del papel de la pasión en la arena política, y es desde esta trinchera desde donde se articulan las críticas y las nuevas lecturas que nos proponemos analizar. Los cambios que se han suscitado en las últimas décadas del siglo XX, la irrupción de nuevos nacionalismo y particularismos, el advenimiento de nuevos movimientos populistas, la crisis del Estado Nación y los múltiples efectos del proceso de mundialización – globalización, obligan a la teoría política a repensar sus categorías, a buscar nuevos lentes para afrontar fenómenos desconocidos (Yannuzzi, 1997).

Un indicador sugestivo que marca esta nueva preocupación fue la aparición en el año 2002 del número 28 de la revista *Philosophy & social criticism*, edición en la que intelectuales consagrados de diferentes corrientes, como Mouffe, Walzer, Rosanvallon, se dedicaban a problematizar la relación entre pasión y política. Al leer los distintos artículos lo que más nos llama la atención es la similitud entre las argumentaciones y conclusiones de dos pensadores tan disímiles como Walzer y Mouffe (si bien esta última sólo escribe la introducción de este número, y es en otras de sus producciones

donde se puede rastrear el conjunto de su pensamiento en torno a este problema).

Si bien el encasillar a un pensador siempre es un acto arbitrario, no nos equivocamos al señalar lo distante que se encuentran los paradigmas desde donde Walzer y Mouffe se sitúan. En tanto que el escritor norteamericano es reconocido en nuestro país como uno de los exponentes más significativos de la familia comunitarista, siendo un miembro particular de la misma al procurar articular esta concepción con elementos liberales⁷; la autora belga podría ser situada dentro del movimiento de la nueva izquierda postestructuralista, en donde en nuestro país autores como Laclau, y Zizek han tenido gran acogida, siendo la democracia radical la perspectiva que ella sostiene. Sin embargo lo más llamativo no es la coincidencia de conclusiones a que llegan los citados intelectuales en el seno de este número, sino que las mismas ya pueden ser rastreadas en sus trabajos anteriores, en el caso de Walzer su artículo “Passion and politics” (2002), es una reproducción de un capítulo de su libro *Razón, política y pasión* que publicaría en 1999 (y en español se editaría en 2004) en el cual profundiza en torno al fenómeno en cuestión. A su vez Mouffe ya había tematizado la relación entre política y pasión en su obra *La paradoja democrática* del año 2000, y en *Politics and passion* del año 2002.

En lo que sigue trataremos de deslindar la posición de Mouffe y Walzer (sumando a su vez la lectura del artículo de Cheryl Hall que también hace su aparición en la citada edición de la revista *Philosophy & social criticism*), marcando sus coincidencias y diferencias, en torno a dos grandes ejes temáticos que se encuentran en sus argumentaciones, el análisis de la relación entre liberalismo y pasión y su respectiva crítica; y la concepción de pasión, su relación con la razón, y el rol del conflicto en el seno de lo político.

Este recorrido nos permitirá reconocer un núcleo de preocupaciones similares que estos autores comparten con aquellos pensadores de principio de siglo, afinidad que es consecuencia de la incapacidad que tiene la cosmovisión liberal

⁷ El comunitarismo es una corriente que agruparía a un conjunto de intelectuales que a partir de los 80 han tratado de criticar las posiciones teóricas epistemológicas del liberalismo planteado por Rawls y sus seguidores, a partir de señalar especialmente la necesidad de concebir a los individuos como sujetos situados en comunidades específicas y no como desanclados de cualquier tradición. Dentro de este grupo se observa algunas argumentaciones con un cariz más conservador como la de Macintyre, en tanto otras como las de Walzer o Taylor procuran rescatar elementos liberales y republicanos para su concepción de comunidad política

en ambas coyunturas para aprehender los fenómenos políticos del momento, y que vuelven a desnudar estos elementos constitutivos de lo político a partir de la aparición de la democracia moderna.

Pasión y liberalismo: la historia de una incomodidad

Leyendo los trabajos de Walzer, Mouffe y Hall la primera impresión que se nos aparece es que la historia del pensamiento liberal, las distintas modulaciones que esta tradición ha presentado a lo largo de los siglos, puede leerse como un intento por eliminar la pasión del ámbito político, partiendo de una concepción dicotómica entre razón y pasión, en donde la única posibilidad de constituir un orden político estable y armonioso era relegando la segunda y haciendo reinar la primera. El problema de la pasión para esta tradición no es solo que representa lo exaltado, lo impulsivo, sino especialmente el carácter incondicional que estos elementos tenidos por irracionales desarrollan, incondicionalidad que obstruye cualquier posibilidad de acuerdo entre pasiones distintas, y por lo tanto es en el orden de la violencia donde se traducen las soluciones. Cualquiera sea el ámbito, cuando se encuentran dos pasiones opuestas lo que reina es la inconmensurabilidad, la incapacidad de reconciliación, de hallar algún punto medio, o tercera solución que satisfaga a ambas, dificultad que obviamente desarrolla toda su peligrosidad en el seno del espacio público, atentando contra el orden establecido y generando el desgarramiento de la sociedad. Como afirma Walzer en su escrito:

“Sobre intereses se puede negociar; sobre los principios se puede disputar, y las negociaciones y debates son unos procesos políticos que imponen unos límites, tanto prácticos como de principio, a la conducta de los participantes. La pasión, en cambio, según esta concepción, no conoce límite alguno, sino que, más bien, lo arrasa todo. Si se topa con una contradicción, o si entra en un conflicto, empujara inexorablemente a soluciones violentas a quienes están poseídas por ella” (Walzer, 2004: 71)

Siguiendo el trabajo de Hall (2002) se observa que históricamente el liberalismo construyó dos estrategias para eliminar la peligrosidad de la pasión del espacio político, marginarla a lo privado, o ignorarla, estrategias que dependen de la concepción de individuo de la que se parte. El liberalismo clásico representado por Locke, Mills reconocía el carácter pasional de los individuos, de allí radica

su necesidad de constituir instituciones políticas racionales que controlen esta irracionalidad (Hall, 2002: 732), el contrato social es desde esta lectura una forma de exorcizar el carácter irracional del individuo para relegarlo al ámbito de lo privado. Recordemos que el estado natural, en el caso de Locke, es un universo en donde la guerra siempre esta latente por la falta de un tercero imparcial, de un tercero desapasionado capaz de imprimir decisiones objetivas ante las subjetividades apasionadas de los individuos. En el caso de Hobbes, quien no es un liberal en sentido estricto pero funda muchos de sus supuestos y parte de la misma posición ontológica⁸, esto se percibe más claramente, son las pasiones las que imposibilitan la vida en el estado natural, y de algún modo son las que empujan a pactar y a encontrar una forma racional de organizar lo político y pacificar la sociedad. De alguna manera podríamos decir que el liberalismo se instituye sobre dos límites, el límite que se impone sobre lo político ante las libertades individuales, y el límite que se impone sobre las pasiones ante el espacio público.

La segunda estrategia que apunta Hall (2002) es la que desarrolla el liberalismo a partir de concebir a los individuos como actores puramente racionales, lo que sucede según la autora a partir de su encuentro con las teorizaciones de la economía neoclásica. Esta nueva concepción del sujeto, que se torna presente en las posturas de pensadores contemporáneos como Habermas y Rawls, hace innecesario problematizar acerca de las pasiones, cuanto mucho estos son elementos que se tornan visibles en la esfera íntima, pero que no poseen relevancia en el escenario público, donde impera el comportamiento racional.

Walzer y Mouffe realizan otro recorrido de la relación entre liberalismo y pasiones, aunque no necesariamente contrario al presentado por Hall, puesto que priorizan más un análisis teórico que histórico. Utilizando distintas denominaciones ambos autores señalan dos modulaciones que presento el liberalismo para lidiar con las pasiones, la primera centrada alrededor de una razón normativa y la segunda alrededor del interés, la razón y el interés serían entonces los factores que motivan el accionar de los individuos en la arena política.

⁸ Para ahondar más en el papel de la obra de Hobbes en la historia del pensamiento liberal ver Manent, 1990

En Mouffe estas distintas modulaciones tomarían el nombre de democracia agregativa y democracia deliberativa, la primera representada por Schumpeter en donde a decir de Mouffe

“... el interés propio es lo que induce a actuar a los individuos, y no la creencia moral de que deben hacer lo que constituye el interés de la comunidad, declarando que los intereses y las preferencias eran lo que debía componer las líneas sobre las cuales habría que organizar los partidos políticos, y proporcionar el material del que debería ocuparse la negociación y el voto... La estabilidad y el orden era más probable que resultaran del compromiso entre los intereses que de movilizar a las personas en pos de un consenso ilusorio sobre el bien común” (Mouffe, 2000: 97)

En tanto que con el nombre de democracia deliberativa encuadra a las propuestas de Rawls y Habermas en donde el consenso al orden político está dada por una racionalidad normativa, que sería a la vez el elemento que motiva el accionar de los individuos en el espacio público. Ambas propuestas señala la autora, haciendo referencia a Schmitt, estarían dando cuenta de la imposibilidad constitutiva del liberalismo para lidiar con la política y de la consecuente necesidad de desplazar lo político a otros niveles de discurso, lo económico, lo moral, lo jurídico (Mouffe, 2002:4)

Dijimos que en el caso de Walzer se puede apreciar una delimitación similar, el autor también reconoce dos formas de liberalismo, dos formas que se estructurarán sobre estrategias argumentativas distintas para cercenar el reino de las pasiones. La primera de estas modulaciones Walzer la rastrea en unos versos de Yeats, en donde se explicita una dicotomía entre dos sectores de la sociedad los buenos aquellos que se dejan guiar por sus convicciones, y los malos y peligrosos que se dejan gobernar por sus pasiones, este liberalismo que tiene raíces aristocráticas, nos presenta la contradicción entre convicción y fe o doctrina, la primera basada en razones y abierta a la crítica, en donde el vocablo convicción denota la posibilidad siempre abierta de convencer o ser convencido que estos individuos arrastran. Por eso en el núcleo de la convicción que presentan los mejores siempre está la duda, la incertidumbre, lo que permite la apertura y modificación de las razones de este sector. Lo malo se asocia así a aquellas certezas apasionadas que son inmovibles y que

representan los peligros de la incondicionalidad de las pasiones que hemos mencionado anteriormente.

Walzer coincidiendo con Mouffe ve que este es el modelo que regresa con Habermas y Rawls, un modelo en donde son las razones de una convicción siempre abierta a la crítica las que estructuran el espacio público. Pero a su vez vale la pena recordar es un modelo que en su génesis se estructura a partir de una posición elitista bien fuerte, en donde el peligro reside especialmente en las pasiones de los plebeyos “Aunque el liberalismo se espera un futuro en el que todos los hombres y mujeres participen en un proceso democrático de toma racional de decisiones, su repudio y desden por las pasiones enlaza con una tradición política filosófica más antigua, donde había unos pocos ilustrados, los cuales miraban preocupados la ebullición de masas irracionales” (Walzer, 2002: 78)

Walzer al igual que Mouffe reconoce que el segundo modelo se articula a partir de la noción de interés, y a su vez también señala a Schumpeter como uno de sus exponentes más significativos. En este modelo hay un desplazamiento de la dicotomía, (recordándonos los argumentos esgrimidos por Benjamín Constant, 1988) que ahora se edifica a partir de burguesía, interés, comercio como su polo positivo; y aristocracia, pasión y guerra como su polo negativo. Siguiendo a Hirschman, Walzer señala que el interés es reconocido como la única pasión positiva para la arena política, la pasión

“... la pasión de aspirar al beneficio... propicia que el ser humano obre siempre dentro de los límites trazados por el derecho y el orden” (Walzer, 2004: 87)

Esta característica positiva del interés se debe en primer lugar a su objetividad, lo que permite predecir el comportamiento de los distintos sectores de la sociedad contrariamente a las pasiones cuyas raíces y consecuencias son ininteligibles para la razón. Similar apreciación guiara también a la tradición marxista, recordemos que las distintas clases se estructuran sobre intereses objetivos, y es sólo cuando el proletariado reconoce estos intereses cuando puede articular su conciencia de clase. A su vez se debe agregar que los intereses no están signados por la misma incondicionalidad que guiaría a las pasiones, por lo que su aparición en el espacio público abre la posibilidad de la negociación, del intercambio, desterrando la indefectible belicosidad que para este pensamiento contienen las pasiones.

Por otra parte, Walzer nos recordará, que el paso de la razón guiada por convicciones al interés, supuso una apertura “democrática” en la tradición liberal, en el sentido de que se torna más inclusivo el atributo que rige el espacio público. La racionalidad económica pareciera ser una cualidad común a todos, en contraposición a las convicciones que, en su versión primigenia, solo signarían a un pequeño grupo de ilustrados.

“... se asocia la convicción con los mejores, los pocos ilustrados, independientemente de si estos se conciben como miembros de una elite aristocrática o intelectual. Son muchas más las personas que tienen interés. Es más los intereses están extendidos universalmente. Todos tenemos interés, y todos estamos ocupados en ganar dinero, o en pensar cómo conseguirlo... Si resulta difícil imaginarse una política determinada exclusivamente por las convicciones, tanto más fácil es imaginarse una política dominada por el interés” (Walzer, 2004: 88)

Walzer y Mouffe coinciden en señalar que las distintas modulaciones del liberalismo persiguen la erradicación de la pasión del escenario político, y con ello de la peligrosidad que esta comprende para dicha tradición política, sin embargo ambos autores nos advierten que esta postura termina generando un despolitización de lo público al ser la pasión y el conflicto que ella desata (como en breve abordaremos) un elemento esencial de la política. Walzer redobla la apuesta al acusar al marxismo del mismo pecado del liberalismo, su utopía de una sociedad sin clases, y el menosprecio a las diferencias étnicas, religiosas y nacionales, generan las mismas consecuencias despolitizadoras que el liberalismo.

“¿Es esa nuestra utopía, el sueño de los demócratas convencidos: un mundo en el que el conflicto político, la lucha de clases, las diferencias étnicas, y religiosas han sido reemplazadas del todo por la pura deliberación?... los teóricos de izquierda han manifestado de muchos modos que esta era su meta definitiva” (Walzer, 2004: 67)

Nos encontramos así que las dos tradiciones políticas estrictamente modernas son incapaces de reconocer uno de los elementos constitutivos de la política, lo que obedece en parte a la raíz ilustrada sobre la que se erigen el liberalismo y el marxismo.

Es la democracia deliberativa, en términos de Mouffe, el *enemigo* principal que estos autores procuran criticar, dado el gran reconocimiento que actualmente tienen los distintos pensadores que se apoyan en sus supuestos. En este orden es sugerente la construcción argumentativa que plantea Walzer en pos de esta crítica, al puntualizar el carácter elitista que estas teorías conllevan, explicitando las afinidades que poseen con aquel pensamiento aristocrático que se desprende de los versos de Yeats. Críticas que de alguna forma nos recuerda a aquella que Habermas lanzara a Rawls “En Rawls, en cambio... mientras a la filosofía le reserva el desarrollo de la idea consensuable de una sociedad justa, los ciudadanos emplean dicha idea como plataforma desde la que juzgan las instituciones y políticas existentes” (Habermas, 1998: 70).

A su vez Walzer subraya que el modelo de deliberación esta construido sobre el paradigma del jurado, en el que un grupo de personas desapasionadas deben deliberar para llegar a un veredicto final y perenne, modelo que no sólo supone una despolitización, un reemplazo del discurso político por el jurídico en términos de Mouffe, sino que a su vez no genera necesariamente resultados democráticos, en donde impera la voluntad de la mayoría. La deliberación en este sentido debe ser entendida como una actividad más de la gramática política, pero no la única, ni la más importante, y principalmente no la más democrática.

Pensando el papel de las pasiones en la política

Ahora bien de lo dicho anteriormente se puede desprender la necesidad de pensar las pasiones al interior de lo político. Pero ¿Qué significa pasión para estos autores?, ¿Cuál es su función en el seno de la actividad política?, ¿Qué relación establece con la razón?

Con respecto a la primera pregunta debemos reconocer que ni en Walzer ni en Mouffe encontramos un esfuerzo por definir claramente los límites del concepto, lo que si podemos rastrear en el trabajo de Hall, quien nos propone una definición de pasión que de alguna manera es la que trabaja de forma implícita en los otros autores: “passion as a strong liking for or devotion to some activity, object, or concept” (Hall, 2002: 729)⁹, de esta manera la autora rechaza

⁹ Pasión como una fuerte afición o devoción por alguna actividad, objeto o concepto

la reducción de pasión a un mero apetito carnal, proponiendo una definición de pasión que no se erige como dicotómica a la idea de razón sino que la supone, una concepción en donde razón y pasión se articulan. Pues en cualquier devoción fuerte por algo o alguien se requiere alguna forma de juicio positivo sobre el mismo, articulación que vale aclarar no implica la corrección moral de esta preferencia, sino su autenticidad para el sujeto de pasión.

Decimos que esta idea de pasión también puede ser encontrada en la lectura de Mouffe y Walzer, particularmente éste último al desacreditar también la dicotomía entre razón y pasión, pues si bien se puede establecer una distinción analítica, en la práctica las fronteras entre éstas son frágiles y se producen muchas situaciones en donde los argumentos racionales se refuerzan con motivos pasionales y viceversa, lo que no implica nuevamente la corrección moral de estas motivaciones. Esto se torna evidente al momento de adherirnos a un grupo, de elegir compañeros nos diría Walzer, lo cual es un acontecimiento no sólo signado por la razón, no me adhiero a un grupo sólo por compartir sus convicciones o intereses, sino también por un conjunto de afinidades y sentimientos que me unen a él (Walzer, 2004: 96)

Lo anterior nos conduce al lugar principal que poseen las pasiones en el seno del mundo político, la conformación de identidades. Este es el punto nodal de la construcción teórica de Mouffe, quien retomando y reconfigurando la distinción schmittiana de amigo enemigo, subraya la importancia que las identidades políticas poseen en la democracia, identidades que se construyen en torno a una exclusión, a lo que el postestructuralismo llamará el exterior constitutivo, una alteridad en contra la cual se cierra y se distingue el nosotros. Curiosamente Walzer coincide con esta premisa el lugar legítimo que ocupan las pasiones en el mundo social sería la constitución de solidaridades y hostilidades, son imprescindibles en el momento de elegir aliados y adversarios. La ligazón que une a un grupo de individuos, y que permite el autoreconocimiento como partícipes de una misma memoria, historia, lealtad, esta atada a la pasión. Sólo a partir de ella se hace comprensible la idea de comunidad imaginada, de reconocimiento entre los que no se conocen que expone en su obra Anderson (2006)

Componente que el liberalismo es incapaz de asir pues su supuesto de individuos que sólo forman parte de asociaciones a las que se integran

voluntariamente a partir de decisiones racionales, impide pensar por una parte la noción de comunidad política como asociación involuntaria que signa la identidad de los individuos, así como el fuerte componente pasional que se inscribe en toda incorporación a un grupo político determinado.

Lo esgrimido anteriormente nos conduce a uno de los núcleos centrales en donde reside la diferencia de estos autores con el liberalismo. No obstante las posiciones disímiles de Walzer y Mouffe, ambos coinciden en que la política supone el conflicto, que este ocupa un espacio preponderante en la vida democrática, y que los intentos en pos de su erradicación, como los propuestos por el liberalismo y en cierto sentido por el marxismo, esconden más peligros, que los que pueden irradiar de la pasión. Lo vemos claramente en Walzer para quien el conflicto social constituye la parte más importante en la política democrática (2004:11); y especialmente en Mouffe quien recupera la distinción schmittiana de amigo enemigo, pero la reconfigura de tal manera que la hace articulable para las democracias liberales, a decir de Mouffe su planteo pretende domesticar la violencia inscrita en la posibilidad siempre latente de eliminación física del enemigo (Mouffe, 2002: 8), pretensión que se torna posible mediante la metamorfosis del enemigo en adversario cuyas ideas debo combatir

“... the opponent with whom we share a common allegiance to the democratic principle of liberty and equality for all while disagreeing about its interpretation. Adversaries fight each other because they want their interpretation to become hegemonic; but they do not question their opponents’ right to the victory of their position” (Mouffe, 2002: 9)¹⁰

Podemos conjeturar que en Mouffe se observa una identidad en dos grados, en el primero se produce una identificación entre los miembros de un mismo grupo político, quienes comparten determinadas concepciones en torno a la forma de interpretar y llevar a cabo los asuntos comunes a todos, y por lo tanto establecen relaciones agonales con otros grupos políticos. Bajo estas identidades políticas flota una identidad de segundo grado que relaciona a los distintos grupos adversarios, y se basa en el respeto y la identificación con los

¹⁰ “El adversario con el que compartimos una común lealtad a los principios democráticos de libertad e igualdad para todos, mientras que desacordamos acerca de su interpretación. Los adversarios luchan entre sí porque quieren que su interpretación se convierta en hegemónica, pero no cuestionan el derecho de sus oponentes a pelear por la victoria de su posición”

principios de la democracia liberal, la libertad e igualdad. Lo que permite mantener el carácter irreconciliable de las identidades políticas sin desatar la belicosidad tan temida por el liberalismo.

Antes de culminar estas reflexiones es preciso detenernos en observar que peligros se esconden según estos autores en la propuesta liberal que tiende a erradicar las pasiones del escenario público. En primer lugar los tres autores visitados, Walzer, Mouffe y Hall, señalan que la falta de pasión conduce a la apatía, a la incapacidad de encontrar motivaciones para actuar en el espacio público, a la pérdida de la significación que lo político impone en la vida de los individuos. En este sentido Walzer y Hall coincidirán en apuntar que el peligro más alarmante es la resignación ante el status quo que la apatía desapasionada genera. La preocupación de Walzer sigue siendo al igual que en su obra fundamental, *Las esferas de la Justicia*, la desigualdad, y en este sentido sólo los compromisos apasionados pueden erigirse como primer motor del trastocamiento de las jerarquías y desigualdades (Walzer, 2004: 81), los oprimidos encuentran en su pasión la primer arma para liberarse de su situación, en tanto que la apatía conduce directamente a la obediencia, sin importar cuan injusto sea el régimen en cuestión

“Alienation from desire engenders despair, hopelessness, and resignation... In order to become politically involved, on the other hand, people must (among other things) care about an issue, they must have some vision of how things ought to be done, and they must have hope that at least some progress can be made toward realizing this vision. These things are precisely the work of passion” (Hall, 2002: 741)¹¹

En Mouffe el peligro no se detiene con la apatía, la pasión en su visión es ante todo imposible de erradicar, sin embargo cuando las teorías liberales con su acento en el consenso la excluyen de la vida política, clausuran la posibilidad para que estas se canalicen democráticamente en la forma de identidades políticas adversarias, apareciendo así articulaciones identitarias construidas sobre valores no políticos, esenciales, que no permiten aquella identificación de segundo grado basada en los valores democrático liberales. En palabras de

¹¹ “La alienación del deseo genera desesperación, desesperanza y resignación. Por otro lado para involucrarse políticamente la gente debe preocuparse sobre un tema, tener una visión de cómo las cosas deben hacerse, y tener esperanza que al menos algunos progresos se puedan hacer en pos de realizar esa visión. Estas cosas son precisamente el trabajo de la pasión”

Laclau, con quien Mouffe comparte muchos de los supuestos, nos encontramos ante un milenarismo en donde las diferencias no son producto de una articulación hegemónica, por ende siempre contingente, sino que se basan en identidades plenas inmovibles, al constituirse sobre una visión esencialista que excede lo relacional, clausurando la posibilidad de articularse de otra forma, y cerrando sobre sí mismo la construcción identitaria (Laclau, 2005)

Mouffe recupera aquella distinción de Schmitt entre enemigo real y enemigo absoluto, mostrando los riesgos que el primero contiene, el enemigo absoluto al igual que lo que proponía Schmitt es propio del liberalismo al no poder inscribir al distinto en términos políticos sino morales, con la consecuente deshumanización del enemigo. La autora belga argumenta que esto es propio del modelo de democracia contemporáneo, que al pretender expulsar las pasiones genera un consecuente crecimiento de los populismos de derecha, únicos capaces en la actualidad de canalizar el torrente pasional que se agita en las sociedades. Sin embargo entre estos movimientos y los defensores de la democracia deliberativa no hay un reconocimiento recíproco como adversarios políticos, sino que se sumergen en una descalificación en términos morales. Lo que irónicamente radicaliza todos los peligros que el liberalismo poseía en torno a las pasiones.

“When the opponent is defined not in political but in moral terms, he can be envisaged only as an enemy, not an adversary: no agonistic debate is possible with the evil them; they must be eradicated” (Mouffe; 2002: 15)¹²

Es sugerente finalizar observando que estos autores reconocen que las pasiones poseen un rostro de Jano, si por una parte se señala la imposibilidad de erradicarlas del espacio público y los efectos positivos que estas conllevan, no se deja de constatar los riesgos que a partir de ella se pueden desarrollar, como nos dice Walzer:

“*Nada grande se ha hecho nunca sin entusiasmo*, escribía Ralph Waldo Emerson. Afirmación, ésta, que puede confirmarse empíricamente, y las pruebas de ello son abrumadoras. Pero, por desgracia, es igualmente

¹² “Cuando el oponente es definido no en términos políticos sino morales, sólo puede ser contemplado como un enemigo no como un adversario, no hay debate agonista posible con la maldad misma, se debe erradicar”

impresionante, que los hechos más terribles también requieren entusiasmo” (Walzer, 2004: 82)

Sin embargo tampoco la razón por sí sola es garantía de pacificad, el siglo XX es un lamentable ejemplo de cómo las tragedias se desatan con las pasiones y con las razones. La alternativa que estos autores nos proponen es procurar una búsqueda de la mejor articulación entre estas dos dimensiones, nuevamente volviendo a Walzer, racionalizar las pasiones y enriquecer la razón con la pasión (Walzer, 2004: 92). Sólo de esta manera se podrían minimizar los costos de un universo político totalmente racional, y domesticar las pasiones.

Conclusión provisoria

Es sugestivo que muchas de las conclusiones de estos pensadores de principio del siglo XXI, tengan algunos puntos de contacto con las reflexiones que casi cien años atrás habían expuesto autores como Weber, Pareto y Mosca. Lo que obedece, como de alguna manera ya hemos sugerido, a que ambos momentos históricos se encuentran signados por una profunda crisis teórica, momentos en que los antiguos paradigmas se muestran incapaces para proponer líneas explicativas que den cuenta de los nuevos fenómenos. Tanto a principios del siglo XX como en la actualidad los paradigmas iluministas – racionalistas, el liberalismo y el positivismo, no encuentran dentro de su arsenal conceptual herramientas que permitan revelar satisfactoriamente los fenómenos socio políticos.

A pesar de las diferencias, en ambos casos las reflexiones se dirigen a recuperar y reconocer el papel de las *pasiones* y *creencias* como elemento co-constitutivo de lo político, papel que descubre todas sus fuerzas a partir de que la caja de Pandora de la democracia de masas se abre. Sin embargo esto no lleva a una reacción radical por la cual la razón se expulsa del espacio público, como hemos visto los pensadores contemporáneos pretenden transitar por ese estrecho canal entre Escilas y Caribdis en donde pasión y razón se articulan. Camino por el cual ya Weber había transitado al percibir que la única alternativa a la pérdida de libertad del proceso de racionalización y al autoritarismo intrínseco del carisma se hallaba en una combinación de ambos, con una articulación de razón y pasión.

Referencias Bibliograficas

- CONSTANT, Benjamín (1988) “De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos” en *Del Espíritu de Conquista* Madrid, Ed. Tecnos
- HABERMAS Jürgen y RAWLS John (1998) *Debate sobre el liberalismo político*, Paidós, Barcelona
- HALL, Cheryl (2002) “Passion and constraint” en revista *Philosophy & social criticism* N° 28, página de Internet: <http://psc.sagepub.com/cgi/content/abstract/28/6/727>
- LACLAU, Ernesto (2005) *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- LE BON, Gustave (1958). *Psicología de las multitudes*, Albatros, Buenos Aires.
- MANENT, Pierre (1990) *Historia del Pensamiento Liberal* Buenos Aires, Ed. Emecé.
- MICHELS, Robert (1984). *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Vol I y II, Buenos Aires, Amorrortu.
- MOUFFE, Chantal (2002) *Politics and passions*, CSD, Londres
- (2003) *La Paradoja Democrática*, Gedisa, Barcelona
- MOSCA, Gaetano (2004). *La clase política*, Selección e introducción de Norberto Bobbio, México, Fondo de Cultura Económica.
- PARETO, Vilfredo (1987). *Los sistemas socialistas*, Madrid, Alianza Universidad.
- ROSANVALLON, Pierre (1992). *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia*, Instituto Mora, Buenos Aires.
- WALZER, Michael (2004) *Razón, política y pasión*, Visor, Madrid
- WEBER, Max (1991). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica.
- TAYLOR, Charles (1996) *Las fuentes del yo* Barcelona, Ed. Paidós
- YANNUZZI, María de los Angeles (2007). *Democracia y sociedad de masas. La transformación del pensamiento político moderno*, Rosario, Homo Sapiens.
- (2004). “El mito democrático. Un análisis de los componentes no-rationales de la conducta política”, en Revista *Temas y Debates*, Año 8, Nro. 8, Facultad de Ciencia Política y RRIL, Rosario, UNR.